

Carta de Taizé

Bimestral 3.50 FF 1 febrero - marzo 1999

Esta carta, escrita por el hermano Roger, de Taizé, ha sido traducida en 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de Africa) y será meditada en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 1999.

Carta de Taizé 1999-2001¹

1 ¿Por qué de 1999 al 2001? Como cada año, comenzaremos el año 2000 con un encuentro de jóvenes de Europa y del mundo en una ciudad. Pero recordamos que el momento de entrar en el tercer milenio, nadie quisiera encender fuegos efímeros. Estos fuegos se apagan por sí solos. En el año 2000, lo que nos cautivará es la continuidad de Cristo en la historia futura de la familia humana.

2 Si supiéramos hasta qué punto algunos niños necesitan una mirada de confianza para volver a encontrar una alegría de vivir... En el corazón de un niño, saberse amado con ternura y también perdonado puede ser una fuente de paz para toda su vida.

3 1 Juan 4.8. Un pensador cristiano del siglo VII, Isaac de Nínive, escribía comentando las palabras de San Juan «Dios es amor»: «Dios no puede sino dar su amor.» Es cierto que Dios nunca suscita la desgracia humana, el miedo o la angustia. Él no quiere las guerras, ni la violencia de los accidentes, ni las catástrofes naturales. Dios es inocente, Dios es la inocencia.

4 Según la ONU, los gastos militares en el mundo representan entre 800 y 900 mil millones de dólares cada año. Ahora bien, serían suficientes 130 mil millones de dólares para procurar un techo, agua potable y servicios sanitarios básicos a los 1.300 millones de personas que viven en situación de pobreza absoluta.

5 En la vocación de nuestra comunidad de Taizé siempre han estado presentes estas dos aspiraciones: avanzar en una vida interior, a través de la oración personal y la belleza de la oración común, y en la toma de responsabilidades para que la tierra sea más habitable.

¿Hay realidades que embellecen la vida y de las que se puede decir que aportan como una plenitud, una alegría interior?... Sí, las hay. Una de estas realidades se llama confianza.

¿Comprendemos que, en cada uno de nosotros, lo mejor se construye a través de una confianza muy sencilla? Incluso un niño alcanza a tener esta confianza.²

Sin embargo, a cualquier edad, hay penas, abandonos humanos, la muerte de seres queridos. En estos años, el futuro es tan incierto que muchos pierden el ánimo. Entonces, ¿cómo salir de la inquietud?

La fuente de una confianza está en Dios, que es amor.³ Su amor es perdón, luz interior.

La confianza no ignora el sufrimiento de tantos necesitados que a través de la tierra no tienen trabajo ni de qué alimentarse.⁴

Estas pruebas nos interpelan: sostenidos por una vida de comunión en Dios, ¿cómo asumir responsabilidades y buscar, junto con otros, que la tierra sea más habitable?⁵

Lejos de huir de las responsabilidades, una profunda confianza permite permanecer allí donde las sociedades humanas están quebrantadas o dislocadas. La confianza permite asumir riesgos, avanzar incluso cuando sobreviene el fracaso.

Y acontece algo bello y asombroso: una confianza así nos hace capaces de amar con un amor desinteresado, que en ningún caso es acaparador.

Hoy, en el mundo, muchos jóvenes buscan sanar los desgarros en la familia humana. Su confianza puede hacer que la vida sea hermosa a su alrededor. ¿Saben que en ellos una esperanza irradia incluso aunque no se den cuenta?⁶

La confianza y la esperanza se obtienen en la misteriosa presencia de Cristo. Desde su resurrección, Cristo vive en cada uno de nosotros, por medio del Espíritu Santo;⁷ es más, está «unido a todo ser humano, sin excepción».⁸

Multitudes de seres humanos ignoran que Cristo está unido a ellos y desconocen su mirada de amor puesta sobre toda vida.⁹

No obstante, él está en cada uno, como un humilde de corazón. Llega el día en que algunos perciben su voz: «¿Reconoces el camino de esperanza abierto para ti? ¿Te preparas para adentrarte en él?»¹⁰ Entonces, cómo no decir a Cristo: quisiera seguirte toda mi vida, ¿pero conoces mis fragilidades?¹¹

Desde el Evangelio, él responde: «Conozco tus pruebas y tu pobreza... Para perseverar en la fidelidad durante toda la vida, piensas no tener nada, o casi nada. Sin embargo, estás colmado.¹² ¿Colmado de qué? De la presencia del Espíritu Santo...¹³ Su compasión ilumina hasta las sombras de tu alma.»

Si la fidelidad para seguir a Cristo supone una atención constante, esta fidelidad nos aporta a su vez tanta alegría, tanta paz y claridad...

El que busca una comunión en Dios se deja trabajar por unas muy nítidas palabras del Evangelio: «Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza.»¹⁴

Cristo conoce nuestro combate para permanecer fieles. Nos dice una y otra vez: «¡Abandónate! ¡Confíame tus temores!»

Él nos saca fuera de nuestro aislamiento y hace posible

6 Los descubrimientos científicos, las nuevas tecnologías, pueden ser orientadas hacia el servicio de una humanidad que ha crecido en proporciones desconocidas hasta ahora. No obstante, el futuro se apoya, más de lo que cabe imaginar, en una vida interior sostenida por la contemplación, un impulso hacia la reconciliación entre todos, una vida de simplicidad e intercambio...

7 Antes de dejar a sus discípulos, Cristo les prometió que no les abandonaría: «Dios os enviará el Espíritu Santo, que será consolador, para que esté siempre con vosotros.» (Juan 14,16.) Así como Cristo estuvo presente en la tierra junto a los suyos, por medio del Espíritu Santo, continúa estando presente hoy en nosotros. Cristo no es visible, pero su presencia es la misma. Después de nuestra muerte, el Espíritu Santo no se separa del alma y en la vida eterna nos acompaña para siempre.

8 “Gaudium et Spes”. Esta intuición podrá iluminar el futuro de una pastoral universal.

9 Un día me encontraba con mis hermanos en Bangladesh, donde ellos comparten la vida con los más pobres, y nos invitaron a participar en un encuentro con musulmanes en un suburbio. Uno de estos musulmanes me acompañaba a casa al anochecer, cuando me dijo: «Todos los seres humanos tienen el mismo Maestro. Este secreto todavía no ha sido revelado. Sin embargo, más tarde se descubrirá.»

10 ¿Por qué en amplias regiones del mundo hay tantos jóvenes que han tomado una cierta distancia con respecto a la confianza en Dios? Si no hubiera un debilitamiento de la fe, nuestra comunidad no comprometería tantas energías acogiendo en Taizé, semana tras semana, durante todo el año, a jóvenes del mundo entero. Sin las actuales convulsiones de los valores espirituales, no veríamos la necesidad de ir junto a los jóvenes para buscar con ellos. Por esto, desde 1962, vimos que era necesario ir a los países del Este de Europa, con gran discreción, para encontrar a jóvenes, escuchar y comprender. Tanto en Taizé como en los países del Sur, donde vivimos desde hace tiempo, deseamos ser ante todo hombres de escucha, nunca maestros espirituales.

11 Para dar nuestra confianza a Cristo, es importante que le abramos plenamente nuestro corazón. Cuando el corazón está habitado por el simple deseo de una comunión con Cristo, tomamos conciencia de que ya le pertenecemos. «Si deseas conocer a Dios, ya tienes la fe», escribía San Agustín, en el siglo IV.

12 Apocalipsis 2,9.

13 En el siglo VII, San Máximo el Confesor escribía: «El Espíritu Santo no está ausente de ningún ser humano.» Algunos saben, por las Escrituras, que están habitados por el Espíritu Santo. Otros no lo saben todavía o no lo sabrán en esta tierra, sino que lo descubrirán en la vida eterna.

14 2 Timoteo 1,7. Un autodomínio y la paz de nuestro corazón pueden ser muy necesarios, no solamente para nosotros mismos sino también para los que nos rodean.

15 Entre los gestos de acogida está el del pan bendito. Un día, Cristo bendijo cinco panes y los distribuyó entre todos (ver Mateo 14,13-21). De ahí nació, hace ya mucho tiempo, este gesto: dar pan bendito a todos los que están presentes en la celebración eucarística y no pueden recibir la Eucaristía.

16 Si la simplicidad de vida se convirtiera en sinónimo de austeridad, ¿cómo nos abriría al Evangelio? El espíritu de simplicidad se percibe en los signos de alegría serena y también en el gozo del corazón. Simplificar invita a disponer lo poco que se tiene en la belleza simple de la creación. Que nadie se preocupe si tiene poco que dar: una fe muy pequeña o escasos bienes. Cuando se comparte este poco, Dios ofrece una sobreabundancia de corazón inagotable.

17 Una pregunta persiste: si Dios lo sabe todo, ¿por qué dirigirle oraciones explícitas? Cristo ilumina este misterio: él mismo rezó con palabras, a pesar de que Dios conocía toda la intención de su corazón.

18 1 Juan 3,20

19 Entre los cristianos de Oriente, algunos susurran durante toda su vida, con voz inteligible o no y siguiendo el ritmo de su respiración, la oración del Nombre de Jesús. Decir una y otra vez este único nombre, «Jesús», llena una comunión.

20 Uno de los símbolos más bonitos de la ternura de Dios se encuentra en la parábola del hijo pródigo (ver Lucas 15,11-32).

21 Estas palabras de Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23,46), algunos las dicen cada noche antes de acostarse.

22 Si nuestra oración experimenta como un vacío, dejemos que Dios nos hable. Recordemos estas palabras escritas por San Agustín, en el siglo IV: «Hay una voz del corazón y un lenguaje del corazón... Esta voz interior es nuestra oración cuando nuestros labios permanecen cerrados y nuestra alma está abierta ante Dios. Nosotros callamos y nuestro corazón habla; no a los oídos de las personas, sino a Dios. Ten por seguro que Dios sabrá escucharte.»

23 En nuestro hogar es posible acondicionar para la oración el rincón de una habitación, aunque sea pequeño, colocando con gusto un icono y una vela. Algunos escuchan música, en el caso de que no puedan cantar ellos mismos.

24 ¿Por qué un enfermo, una persona mayor, se apesadumbraría diciendo: «Yo no hago nada por los demás»? ¿Habrán olvidado que su oración es acogida por Dios y que va a encontrar una respuesta inesperada?

25 Es el Espíritu Santo quien sostiene en nosotros una alegría que Jesús también conoció en la tierra: «El Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús.» (Lucas 10,21.)

26 Para avanzar en la confianza en Dios y construirse interiormente, es bueno rezar en el silencio de su corazón con algunas palabras y referirse a ellas en todo momento. Por ejemplo: «En todo la paz del corazón... la alegría, la sencillez, la misericordia»; «Jesús, mi alegría, mi esperanza, mi vida»; o bien: «Dios, que nos amas, tu perdón y tu presencia son en nosotros una fuente de alabanza»; «Jesucristo, no dejes

que nos apoyemos en el misterio de una comunión de amor que se llama Iglesia.

Quisiéramos recordar siempre que Cristo es ante todo comunión. Él no ha venido a la tierra para crear una nueva religión, sino para suscitar una comunión de amor en Dios.

Cuanto más acoge la Iglesia¹⁵ con simplicidad,¹⁶ más se acerca a nuestros frágiles corazones. Sin muchas palabras y también en el silencio, somos llevados a vivir de Cristo para los demás.

Si fuera posible sondear el corazón humano, ¿qué encontraríamos? Lo sorprendente sería descubrir que, en lo más hondo de la condición humana, están la espera de una presencia y el silencioso deseo de una comunión.

En esta espera, algunos se dicen: «Quisiera abrirme a Dios tal como soy, pero mi oración se desorienta y mi corazón se dispersa¹⁷ El Evangelio responde: «Dios es más grande que tu corazón.»¹⁸

Si tenemos la impresión de rezar con casi nada,¹⁹ ¿no es Dios un Padre que acoge a todos con ternura?²⁰ La última oración de Cristo en la tierra nos lo recuerda: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»²¹

La oración solitaria es a veces ardua;²² pero no olvidemos que existe la belleza de la oración común. Cuando la oración se expresa con palabras simples, con himnos y cantos, llega a tocar el fondo del alma.²³

El que sigue los pasos de Cristo, permanece al mismo tiempo junto a Dios y a los demás. La oración es una fuerza serena que trabaja al ser humano, le remueve y no le deja adormecerse ante el mal, ni ante las rupturas que tantos padecen. De la oración se sacan las indispensables energías de compasión.²⁴

El que busca abandonarse a Cristo y darle toda su vida, con un corazón decidido, tiene que hacer una opción, tomar una decisión. ¿Cuál? Dejar que brote en él un infinito agradecimiento a Dios.

Este agradecimiento es una actitud fundamental, es una apacible alegría que el Espíritu Santo reanima siempre en

nosotros.²⁵ Es el espíritu de alabanza, que nos hace mirar con esperanza a las personas y sus aspiraciones.

Dios nos quiere felices... De nosotros depende presentir las realidades del Evangelio que embellecen la vida: la confianza, el espíritu de la alabanza, la generosidad de corazón, una alegría renovada en todo momento...²⁶

En el Nuevo Testamento, Pedro, el apóstol, nos lo asegura: «Todavía no habéis visto a Cristo pero lo amáis; sin verlo creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y radiante que ya os transfigura.»²⁷

Y cuando sobrevengan brumas de indecisión, nos sorprenderemos diciendo: «Cristo, te amamos, quizá no como quisiéramos, pero te amamos. En nuestra vida, lo más claro se construye a través de una muy humilde confianza en ti.»

En el siglo IV, San Ambrosio de Milán escribía: «Comenzad en vosotros la obra de la paz, para que una vez pacificados vosotros mismos, llevéis la paz a los demás.»²⁸

La paz del corazón es como un nuevo nacimiento en lo más íntimo de cada uno.²⁹ El que busca esta paz permanece atento a las palabras de Cristo: «Ve primero a reconciliarte.»³⁰ «¡Ve primero!» «¡No lo dejes para más tarde!»³¹

Para comunicar a Cristo, ¿hay acaso una realidad más transparente que la de una vida en la que, día tras día, se concreta la reconciliación?³² Reconciliarse es amar, perdonar... y expresarlo con la propia vida. Es también estar atento a permanecer en la compasión y la bondad de corazón.³³

¡Ama y dilo con tu vida!³⁴

Sin amor, sin perdón, ¿hay futuro para alguien? Sin reconciliación, ¿habría porvenir para la paz en la tierra?

Sin la alegría ni la simplicidad, estas realidades íntimamente vinculadas una con otra, ¿cómo irradiarían un espíritu de perdón, no sólo entre los creyentes, sino también junto a los no creyentes?

Así, «que nada os inquiete, estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres»³⁵

que mis tinieblas me hablen, concédeme acoger tu amor».

27 1 Pedro 1,8. Este texto del Nuevo Testamento se lee desde hace dos mil años. Por medio del Espíritu Santo, Cristo atraviesa en nosotros hasta las fuerzas contradictorias sobre las que la voluntad tiene poco control. Él deposita en nosotros un reflejo de su rostro, «transfigurando» aquello que nos inquieta de nosotros mismos. Podemos abandonarnos en Cristo, «hasta que despunte el día y el lucero matutino se alce en nuestros corazones». (2 Pedro 1,19) Y se continúa realizando dentro de nosotros un imperceptible cambio, una «transfiguración» del ser, a cualquier edad de la vida.

28 Un santo ortodoxo ruso de principios del siglo XIX, San Serafín de Sarov, escribía: «Adquiere la paz interior y miles de personas a tu alrededor encontrarán la salvación.»

29 San Pablo, el apóstol, nos invita cuando escribe: «Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.» (Filipenses 4,7)

30 Mateo 5,24

31 ¿Y si dejáramos pasar la hora de las reconciliaciones...? Sin reconciliación, ¿qué futuro cabe esperar para esta única comunión de amor que es la Iglesia?

La vocación a reconciliarse entre cristianos separados se llama ecumenismo. Si bien, la vocación ecuménica ha provocado notables diálogos e intercambios, ¿cómo olvidar estas palabras de Cristo: «Ve primero a reconciliarte»? El ecumenismo se inmoviliza cuando deja que se creen vías paralelas que, por sí mismas, no pueden unirse y terminan por debilitar las fuerzas vitales de la llamada a la reconciliación. Es como si unos trenes avanzaran unos al lado de otros: se paran de vez en cuando para permitir un encuentro y después cada uno retoma su propio tren.

El ecumenismo, a fuerza de dejar la reconciliación para más tarde, sin darse cuenta, podría mantener esperanzas ilusorias. ¿Quién se atrevería a llevar a los jóvenes hacia un espejismo? Cuando la vocación ecuménica no se concreta en reconciliaciones, no lleva a ninguna parte y la llama se apaga.

32 No hay nada tan obstinado como la memoria de las heridas del pasado. Esta memoria consigue transmitirse de generación en generación. El perdón y la reconciliación permiten ir más allá de la memoria.

33 Está claro que estamos llamados a vivir la aventura de las reconciliaciones más atrevida que podamos imaginar. Cuando nos reconciliamos, nuestro corazón cambia poco a poco. El Evangelio nos llama a rezar también por los que nos hacen mal. (ver Mateo 5,44).

34 Según San Agustín, en el siglo IV.

35 Filipenses 4,4.